

**UNIVERSIDAD DEL CEMA
Buenos Aires
Argentina**

Serie
DOCUMENTOS DE TRABAJO

Área: Ciencia Política

**LOS UNITARIOS Y LA CONSTRUCCIÓN DE
UNA FACCIÓN POLÍTICA EN EL ÁMBITO DE
LA CAMPAÑA BONAERENSE, 1820-1830**

Ignacio Zubizarreta

**Mayo 2012
Nro. 489**

ISBN 978-987-1062-80-5
Queda hecho el depósito que marca la Ley 11.723
Copyright – UNIVERSIDAD DEL CEMA

www.cema.edu.ar/publicaciones/doc_trabajo.html
UCEMA: Av. Córdoba 374, C1054AAP Buenos Aires, Argentina
ISSN 1668-4575 (impreso), ISSN 1668-4583 (en línea)
Editor: Jorge M. Streb; asistente editorial: Valeria Dowding <jae@cema.edu.ar>

Zubizarreta, Ignacio

Los unitarios y la construcción de una facción política en el ámbito de la campaña bonaerense 1820-1830. - 1a ed. - Buenos Aires : Universidad del CEMA, 2012.
25 p. ; 22x15 cm.

ISBN 978-987-1062-80-5

1. Ciencias Políticas. 2. Historia Política Argentina. I. Título
CDD 320.982

Fecha de catalogación: 11/09/2012

Los unitarios y la construcción de una facción política en el ámbito de la campaña bonaerense, 1820-1830¹

Ignacio Zubizarreta

Introducción:

En 1829 la facción unitaria –con su líder Juan Lavalle a la cabeza- fue derrotada por los federales, liderados por Juan Manuel de Rosas. Los integrantes del primer movimiento político aludido debieron partir al exilio –principalmente al reciente creado estado uruguayo-, desde donde comenzaron a tramar estrategias para recuperar el influjo perdido. Empero, ninguna expedición unitaria organizada desde el exterior podía laurearse de éxito sin el apoyo fundamental de quienes residían aquende el Plata y contaban con los medios suficientes para auxiliarlos. Es por este motivo que en 1831 Rosas, en tanto gobernador de la provincia de Buenos Aires, ordenó a los jueces de Paz de la campaña bonaerense hacer un relevamiento detallando origen, fortuna, profesión, pero sobre todo filiación política de sus habitantes.² Los resultados de la “Comisión clasificadora de unitarios y federales”, como se conoció tal iniciativa, constituyeron la base para elaborar una base prosopográfica que incorpora 500 registros, a través de los cuales intentaremos reconstruir la actividad de los opositores del régimen rosista en el interior bonaerense. Si bien los parámetros de clasificación utilizados en una lista de tal trascendencia política, confeccionada a su vez por actores que eran sumamente parciales, puede abrir serios interrogantes, en un cuidadoso estudio sobre las mismas

¹ El siguiente artículo compone un capítulo de mi tesis doctoral en vías de publicación. Los puntos de vista son personales y no representan necesariamente la posición de la Universidad del Cema.

² AGN, Comisión clasificadora de unitarios y federales, 1831, Sala X, leg. 26–6–5.

fuentes el historiador Jorge Gelman asegura que existen motivos para desconfiar de las calificaciones que los federales elaboraron sobre sí mismos – exceso de halagos y recomendaciones ante el gobernador–, pero que las efectuadas sobre los unitarios fueron más confiables.³ Podrían, tal vez, exceptuarse de esta consideración aquellos que fueron clasificados de *unitario pacífico* o *unitario al parecer*, puesto que, como en el caso de Cayetano Peña, pulpero de Ranchos, la catalogación resulta demasiado arbitraria: *No habla mal de la federación ni del gobierno, pero se cree que debe ser unitario por lo mismo que calla, puesto que el que tiene la federación en el corazón no puede ocultarla*. Desde motivos tan vagos como no apoyar formalmente a la Federación, hasta otros algo más tangibles como en el caso de Juan Rafael Oromi, vecino de Exaltación de la Cruz, quien *cuando debía aportar caballos al ejército federal, escondió los gordos y presentó los inútiles*, se puede ir reconstruyendo una cadena de actitudes, acuerdos y vínculos entre los vecinos de la campaña, que nos irá lentamente remontando hasta las esferas dirigentes de la facción centralista.

A través del examen de un entramado de redes y lealtades, intentaremos analizar cómo se fueron tejiendo esas relaciones, en las que participaron notables de pueblo, antiguos alcaldes, jueces de paz, o grandes estancieros, que actuaron de nexo entre la cúpula unitaria y las poblaciones rurales. Existe una visión generalizada acerca de que la campaña fue un lugar de exclusivo dominio rosista. Sin embargo, algunos trabajos más recientes han ido en contra de esa generalidad y nos servirán como referencia bibliográfica en esta sección, buscando alinear nuestra posición en la continuidad de esa brecha historiográfica. Comenzaremos por confeccionar un panorama general de la campaña bonaerense en el momento preciso en que transcurrieron los actos que analizaremos. Eso significa que el análisis queda supeditado temporalmente a lo que surge de las fuentes –y haciendo hincapié en la actuación de los habitantes de la campaña considerados “unitarios”–, desde el

³ **GELMAN, Jorge** “Unitarios y federales. Control político y construcción de identidades en el primer gobierno de Rosas”, Anuario IEHS, 19, Tandil, 2004.

gobierno de Rivadavia hasta el primer mandato de Rosas. Luego nos introduciremos en la colaboración estratégica y material de aquellos habitantes rurales a la facción centralista, para pasar al análisis de la guerra de opinión política. Hacia el final, y previo a la conclusión, nos detendremos en algunas observaciones acerca de los vínculos que se desarrollaron entre los notables, los líderes intermedios y los pobladores de una campaña bonaerense que se transformaría, durante y a partir de la década de 1820, en un actor político ineludible.

1. Algunas nociones generales sobre la campaña bonaerense

La campaña bonaerense ha sido centro de diversos estudios que han pretendido analizarla desde distintos aspectos. Si en tiempos coloniales las mayores riquezas de Buenos Aires se debían al comercio y la exportación de los productos mineros extraídos del Alto Perú⁴, fue a partir de la emancipación de España que la campaña se transformó velozmente en la principal fuente de recursos económicos de la capital.⁵ El desarrollo de esta área también colaboró –además de su puerto– a que Buenos Aires pudiese ser la provincia de mayor poderío entre sus pares, pero además apuntaló un desarrollo económico que posicionaría a la Argentina entre las naciones más ricas del mundo hacia fines del siglo XIX y principios del XX. Méritos como estos, que no podrían pasarse fácilmente desapercibidos, llevaron a que la historia del ámbito rural pampeano haya sido cuidadosamente estudiada. Debe reconocerse que la mayor parte de esos trabajos se han abocado a entender la campaña como una

⁴ Actualmente una importante investigación del historiador Fernando Jumar permite cuestionar dicha afirmación, mientras que considera que la producción pecuaria ya cumplía, desde mucho tiempo antes de la emancipación, un rol más significativo que el que se le ha asignado, gracias a la explotación ganadera de la campaña oriental.

⁵ Para Juan Carlos Garavaglia, *si en los años noventa del XVIII, la producción agropecuaria ocupaba un papel subordinado respecto al capital mercantil urbano, en los años veinte del XIX la situación parece invertirse y ahora sería la producción agropecuaria –y en especial, pecuaria– la que marcaría el paso*. En: **GARAVAGLIA, Juan Carlos**. *Pastores y labradores de Buenos Aires, una historia agraria de la campaña bonaerense 1700–1830*. Buenos Aires: Ediciones de la Flor, 1999, p. 369.

fabulosa fuente de riquezas. Bajo estos aspectos, las temáticas más analizadas por la prolífica historiografía económica se concentraron en la producción pecuaria, el comercio internacional, el capital, la mano de obra y los diversos accesos a la tenencia de la tierra. A pesar de que existen trabajos más recientes que han demostrado que la vida asociativa y la sociabilidad rural fueron más dinámicas y fluidas de lo que se pensaba⁶, que los sectores subalternos gozaron de una identidad y participación digna de relato⁷, y que el estudio de las fronteras agrarias ha incorporado los testimonios de los pueblos indígenas⁸, se podría asegurar que para el período que nos encontramos explorando existe escasa literatura sobre la politización de una región que, sin embargo, siempre aportó su significativa cuota de colaboración –en recursos económicos pero también en hombres de armas– al soporte de las principales facciones en pugna.⁹ ¿Fue, acaso, la campaña, una mera extensión en materia política de los sucesos que se desarrollaban en la ciudad? Probablemente no, y sin embargo, poco sabemos del comportamiento de sus habitantes en esta asignatura.

¿En qué estado se hallaba la campaña durante la década de 1820? Dicho período nos remite al auge de los hacendados, es decir, de los grandes propietarios que usufructuaban la tierra de forma extensiva en la faena de ganado bovino. Este último, mejorado progresivamente en términos de raza, servía a distintos propósitos: se suministraba carne a la ciudad, pero también, el aprovechamiento de las distintas partes del animal propiciaba la exportación de cueros, sebo y carne salada o tasajo (procesada en los celebres saladeros y

⁶ **GARAVAGLIA, Juan Carlos.** “Ámbitos, vínculos y cuerpos. La campaña bonaerense de vieja colonización”, en: *Historia de la Vida Privada en la Argentina*, Tomo I, País Antiguo de la Colonia a 1870. Buenos Aires: Taurus, 1999.

⁷ **FRADKIN, Raúl O.** (ed.) *¿Y el pueblo dónde está?* Buenos Aires: Prometeo, 2009.

⁸ **VILLAR, D. (ed), J.F. JIMENEZ y S. RATTO.** *Relaciones interétnicas en el sur bonaerense 1810–1830.* Bahía Blanca: Universidad Nacional del Sur–Universidad del Centro, 1998.

⁹ Con la excepción de algunos trabajos de Raúl Fradkin que permiten comprender la politización de la campaña bonaerense pero haciendo foco en los sectores de tendencia federal o anti-unitarios. Ver del autor: “*Tumultos en la pampa, una exploración de las formas de acción colectiva de la población rural de Buenos Aires durante la década de 1820*”, en: *IX Jornadas Interescuelas*, Departamento de Historia, Córdoba, septiembre 2003 y “*Bandolerismo y politización de la población rural de Buenos Aires tras la crisis de la independencia (1815–1830)*”, en: *Nuevo Mundo Mundos Nuevos*, 2005, en ligne, disponible sur: <http://nuevomundo.revues.org/document309.html>

vendida principalmente a los países esclavistas como Cuba o Brasil).¹⁰ Las estancias –administradas por sus propietarios, los hacendados– eran por lo general establecimientos agropecuarios de enormes extensiones, de límites a veces inciertos, y que concentraban la mayor parte de su riqueza ganadera en las zonas de aguadas y ríos. Las pasturas eran naturales pues el cultivo de forrajes no se encontraba difundido aún. El éxito del sistema ganadero fue facilitado por haberse podido adaptar mejor al mal mayúsculo que aquejaba al país, la falta de mano de obra. A pesar de los constantes relatos que reflejaban una desamparada Pampa, el poblamiento de la campaña fue pronunciado, constante, y siempre de la mano con la expansión de la frontera hacia el sur y el oeste.¹¹ Si los unitarios fomentaron la inmigración europea en aras del progreso agrícola, no por ello dejaron de promover la expansión territorial de la provincia para beneficio de los terratenientes, como lo demuestran las campañas para correr la frontera con los indios comandadas por el general Rodríguez (1821–1824) y el coronel Rauch (1826–1830), y las facilidades para adquirir legalmente sus frutos de modo temporal a través del sistema de enfiteusis.¹²

A su vez, si bien no fueron los precursores en la materia, sí profundizaron, por medio de reglamentaciones y leyes, el sistema de la papeleta de conchabo, a través del cual toda persona que no se encontrara domiciliada, o que no pudiese comprobar fehacientemente que trabajaba en relación de dependencia con algún hacendado, sería enrolada y obligada a servir al ejército provincial. Además de engrosar las filas, estas medidas, dadas las condiciones tan crueles en las que se servía en el ejército, colaboraban a sujetar a los huidizos gauchos a un sistema de trabajo permanente y de utilidad para los hacendados, ante el

¹⁰ Numerosos viajeros relatan con asombro estas labores rurales, ver, por ejemplo, las explicaciones al respecto de: **MAC CANN, William**. *Viaje a caballo por las provincias argentinas*. Traducción del inglés José Luis Busaniche. Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes: <http://213.0.4.19/servlet/SirveObras/01349464211026380755802/index.htm>

¹¹ Así se precisa de manera evidente en los estudios demográficos de: **GARCIA BELSUNCE, César A.** *Buenos Aires, 1800–1830*. Tomo I. Buenos Aires: Compañía Impresora, 1976, p. 154.

¹² La Enfiteusis, palabra de origen griego, significa la cesión de parte de los bienes territoriales pertenecientes al estado a manos particulares, no en carácter definitivo y por medio de un canon anual. Aunque algo entrado en años, difícil será encontrar un estudio tan completo sobre la enfiteusis rivadaviana como en: **CÁRCANO, Miguel Ángel**. *Evolución histórica del régimen de la tierra pública*, Buenos Aires, Eudeba, 1972.

temor de ser enrolados. Los masivos alistamientos que se efectuaron en la campaña durante los gobiernos unitarios, a causa de la guerra contra el Imperio del Brasil, no sólo perjudicaron los intereses de los ganaderos, sino también aumentaron considerablemente –como ya se dijo– la impopularidad gubernamental entre los sectores subalternos que allí habitaban. Ese descontento generalizado desembocó en movimientos levantiscos que reivindicaron las ideas federales y atentaron contra las autoridades de tinte unitario en los distintos pueblos del interior de la provincia.¹³

Sin embargo, la campaña bonaerense no fue uniforme. La visión de la vastedad, de la soledad, de la gran regularidad y uniformidad del paisaje, poblado únicamente por el impasible *bos taurus*, que sólo se movilizaba lo estrictamente necesario como para alimentarse, es sólo la pintura estática de una realidad, mas no de la única. Alrededor de Buenos Aires existieron distintos polos de producción que se caracterizaron por ser más intensivos mientras más cerca de la ciudad se encontraban, y más extensivos a medida que se alejaban de ella.¹⁴ En las zonas aledañas a la capital, en las denominadas chacras o quintas, se cultivaban las verduras y los frutos que servían para abastecer los mercados, algo más lejos, sobre todo en el norte de la provincia y en propiedades un poco más extensas, se practicaba una mixtura entre agricultura (principalmente el cultivo trigo, pero también de otros granos) y ganadería (mular, ovina y bovina, con el doble propósito de producir leche y carne). Recién en el sur, en las regiones de lozana conquista, ganadas a la frontera más allá del río Salado, se encontraban las estancias más grandes –y de exclusiva actividad pecuaria–, que hacia el final del período de estudio se irían extendiendo hasta Tandil y, trazando una línea al oeste, hasta Sierra de la Ventana, con una avanzada austral en Bahía Blanca. A partir de 1830 se darán *un conjunto de hechos que configuran una verdadera revolución en la economía pecuaria. Ellos son el cercamiento de los campos, los intentos de*

¹³ FRADKIN, Raúl O. “¿Facinerosos contra cajetillas? La conflictividad social rural en Buenos Aires durante la década de 1820 y las montoneras federales”, en: *Illes i Imperis*, 5, Barcelona 2001, pp. 5–33.

¹⁴ GARAVAGLIA, Juan Carlos. “Un siglo de estancias en la campaña de Buenos Aires: 1751 a 1853”, en: *HAHR*, vol. 79, N° 4 (nov., 1999), pp. 703–734.

*refinar el ganado, y la difusión de las aguadas artificiales.*¹⁵ Estos adelantos marcaron el período de producción ganadera promovida por el rosismo, el que fue temporalmente tan extenso que envolvió el gradual eclipse del ganado bovino y el auge del ovino –proceso de merinización– debido a los altos precios internacionales de la lana. Se ha pretendido brindar un panorama general de algunas de las características de la campaña bonaerense en la década que nos ocupa. Ahora dejaremos espacio a lo primordial de esta parte del trabajo.

2. Colaboración estratégica y material a la causa unitaria

Sobre la temática más puntual que analizaremos, existen pocos trabajos recientes con los cuales poder cotejar, sin embargo, resultan de inestimable valor para comprender la coyuntura.¹⁶ En el inicio de este apartado habíamos referido, para ejemplificar un concepto, a la “mala” conducta de un unitario en

¹⁵ **ORTIZ, Ricardo, M.** *Historia Económica de la Argentina*. Buenos Aires: Plus Ultra, 1987, p. 55.

¹⁶ El primero de ellos, escrito por Pilar González Bernaldo, sostiene que el levantamiento en la campaña como respuesta al golpe de estado protagonizado por Lavalle (diciembre de 1828), fue más espontáneo o más genuino que lo considerado por la historiografía. Eso significa una mayor prescindencia de la figura de Rosas como “caudillo–patrón” en relación a los insurgentes hombres de la campaña (“clientes”). Además, analiza con mucha precisión la “guerra de opinión” allí desatada, puesto que ésta no sólo no fue exclusiva del ámbito urbano, sino que también fue mucho más rica de lo que se estimaba. Sin embargo, el centro de atención del estudio gira en torno a los sectores populares vinculados con el federalismo. En cambio, el trabajo realizado por Jorge Gelman, y citado más arriba, consiste en un estudio cuantitativo de las mismas fuentes que aquí se utilizarán, dividiendo su análisis –como, por otro lado, se lo exigen sus fuentes– salomónicamente entre unitarios y federales. Introduce una perspectiva muy valiosa cuando remarca *la necesidad de observar las variaciones en el tiempo de las identidades políticas. La historiografía normalmente tendió a atribuir los apoyos políticos a las distintas fracciones en pugna de manera atemporal, como si éstas fueran dadas de una vez y para siempre*. Distingue las zonas de la campaña donde hubo mayor proporción de federales (Ranchos, Monte, Lobos) de aquellas en las que predominaron los unitarios (San Isidro, Chascomús, Conchas). Entre estos últimos, aquellos que poseyeron grandes fortunas alcanzaron una proporción mayor que entre los federales, registrando 31% los primeros y 8% los segundos. Dentro del grupo de los unitarios, había más cantidad de comerciantes, pulperos, y de extranjeros (20% del total de la muestra era de origen portugués y español). De allí que la prédica anti –extranjerizante y anti–unitaria haya sido tan difundida por las dirigencias federales y reproducida por las montoneras que les fueron devotas. Si la investigación realizada por Gelman arroja resultados cuantitativos más que interesantes, aquí se desmenuzarán las mismas fuentes en aras de tratarlas de modo cualitativo. Ver: **GONZÁLEZ BERNALDO, Pilar.** “El levantamiento de 1829, el imaginario social y sus implicancias políticas en un conflicto social”, en: *Anuario IEHS*, 2, 1987. **GELMAN, Jorge** “Unitarios y federales. Control político y construcción de identidades en el primer gobierno de Rosas”, *Anuario IEHS*, 19, Tandil, 2004, p. 361. **FRADKIN, Raúl O.** *Historia de una montonera. Bandolerismo y caudillismo en Buenos Aires, 1826*. Buenos Aires: Siglo XXI, 2006.

tiempos del régimen rosista al esconder los caballos gordos y presentar los inútiles. Por banal que a simple vista pueda resultarnos el ejemplo, muy por el contrario, existen miles de referencias y memorias de época que resaltan a los caballos –o caballadas– como el elemento más valioso con el que contaba un ejército. No por casualidad, la mayor cantidad de recriminaciones que se descubren en los informes se relacionan directamente con elpreciado equino. Los ejemplos de las denuncias se repiten al por mayor: “juntar”, “prestar” o “auxiliar” con tropillas de caballos al ejército unitario, sean propios o de vecinos (inclusive, a veces, exigidos por medio de la violencia), presentar malas cabalgaduras –o directamente negarlas– cuando el ejército federal lo solicitaba, etc.

Otra de las frecuentes acusaciones de que se servían los informes para descalificar a un unitario consistía en tildarlo de “bombero”, o de “bombear”. Eso significaba infiltrarse en las tropas enemigas actuando como si se fuese parte de ellas, para obtener información y brindársela a la verdadera facción de pertenencia. Otra inculpación citada en las fuentes, y asociada con la anterior, estribaba en, como se verifica en el caso de Ventura Pérez, originario de Pergamino, mandar *bomberos a observar el ejército federal*.¹⁷ El riesgo era enorme cuando el “bombero” no era de toda confianza. Pérez depositó la misión en Gregorio Cañete, quien pasándose al federalismo se presentó a Pascual Echagüe –ministro y oficial del ejército de Estanislao López, gobernador de Santa Fe y aliado de Rosas– *e instruyéndolo en los pormenores de su comisión y en su regreso continuó aparentando servicios a la causa de los asesinos [...]*.¹⁸ De ese modo, la falta de lealtad o una baja remuneración por la misión de espionaje, podía llevar a que los “bomberos” actuaran en el sentido inverso del que se pretendía, lo que sucedía con cierta frecuencia.

La comunicación o incomunicación con otras provincias, aliadas o enemigas, se transformó también en algo de orden vital. Aquellos que las promovían o intentaban interrumpirlas o interceptarlas, dependiendo del caso,

¹⁷ AGN, Lista de Unitarios según Jueces de Paz, Partido de Pergamino, 1831, Sala X, leg. 26–6–5.

¹⁸ *Ibídem*.

resultaron perjudiciales en grado sumo a los propósitos federales. Faustino Fernández era descalificado en la lista puesto que *ha conservado comunicación con la provincia de Córdoba*¹⁹, es decir, con la gobernación unitaria al mando del general Paz. Para ese entonces, la situación particular de los cordobeses residentes en la provincia de Buenos Aires era muy delicada. Juan Antonio Sárachaga, representante de Córdoba en la capital porteña, se quejaba ante Rosas por *la expatriación de tantos ciudadanos de esta provincia que diariamente se presentan a este gobierno expulsados de aquella capital sin forma alguna de proceso*.²⁰ Algunos cordobeses, como Dalmacio Vélez Sársfield –padre del Código Civil argentino–, afincado en Arrecifes, cuando el panorama se tornó adverso *fugó para Córdoba*.²¹ José Antuña, del mismo origen, intentó escaparse hacia la Banda Oriental, pero fue capturado y arrestado por el gobierno rosista, a pesar de los calurosos reclamos para lograr su libertad efectuados por el mismo Saráchaga.²² También existieron ejemplos como el de Pedro José Echegaray, quien *sostuvo una partida de veintiséis hombres pagados y montados a su costa* con el objeto expreso de interceptar comunicaciones y aprender desertores que se pasasen hacia Santa Fe, provincia aliada al federalismo porteño y colindante con el partido de Pergamino, donde este acaudalado estanciero, al que no le faltaban recursos para financiar la partida, se encontraba aquerenciado.²³ Otro que también trabajó infatigablemente con el objeto de impedir el engrandecimiento del ejército enemigo fue Matías Colman. En la zona de Luján, *arrancó unos edictos de los lugares públicos que se habían fijado para la reunión de las milicias del Exmo. Sr. Gob. D. Estanislao López, los que presentó a Lavalle cuando se hallaba en lo de Caseros*.²⁴ Manolo Rico, de Flores, aprovechaba

¹⁹ AGN, Lista de Unitarios según Jueces de Paz, Partido de San Nicolás de los Arroyos, 1831, Sala X, leg. 26–6–5.

²⁰ Carta de Juan Antonio Sarachaga a Juan Manuel de Rosas, 4 de octubre de 1830, AGN, Gobierno de Córdoba, SX, 5–4–2, 5–4–1

²¹ AGN, Lista de Unitarios según Jueces de Paz, Partido de Arrecifes, 1831, Sala X, leg. 26–6–5.

²² Carta de Juan Antonio Sarachaga a Juan Manuel de Rosas, 4 de octubre de 1830, AGN, Gobierno de Córdoba, SX, 5–4–2, 5–4–1

²³ AGN, Lista de Unitarios según Jueces de Paz, Partido de Pergamino, 1831, Sala X, leg. 26–6–5.

²⁴ AGN, Lista de Unitarios según Jueces de Paz, Partido de Luján, 1831, Sala X, leg. 26–6–5.

también de su buen pasar con el propósito de invitar a los federales para que se unieran al ejército de Lavalle *ofreciéndoles paga*.²⁵

A su vez, comprar o conseguir armamentos y distribuirlos entre los vecinos adictos a la causa, era algo que también se practicaba con frecuencia. Requería de importantes contactos puesto que las armas eran, además de escasas, costosas, por lo que debían ser entregadas a manos fiables, y para ello las redes debían tejerse tanto hacia arriba como hacia abajo, esto es, para adquirirlas y distribuir las. Otro modo de colaborar con la causa unitaria en la campaña podía consistir en señalar la localización de una reunión de federales, como lo efectuó Ceferino Piñeiro al coronel Zenón Videla, quien una vez advertido procedió a reprimirla.²⁶ Algo similar efectuó Eustaquio Bofonge, pues *él fue el que indicó a Olavarría* [célebre coronel del ejército unitario] *los federales que debía prender*. La información de la que disponía Eustaquio era privilegiada, su labor como propietario de una pulpería, donde *ha habido reuniones de juego y de hombres vagos*, le daba un entorno ideal para lograr testimonios de primera mano.²⁷ La pulpería era el centro predilecto de la sociabilidad rural y el medio por excelencia en donde se vehiculizaban toda clase de rumores; allí, según Sarmiento, *se dan y adquieren las noticias*²⁸, primicias, e informaciones, tanto del orden militar, como político y social.²⁹ No olvidemos que el caso de Eustaquio no fue aislado puesto que un importante porcentaje de pulperos se identificaba con la facción unitaria. En nuestros registros prosopográficos, sobre 500 casos de “unitarios” extraídos de la lista de los jueces de paz, algo más del 10% poseyeron una o más pulperías.

²⁵ AGN, Lista de Unitarios según Jueces de Paz, Partido de Flores, 1831, Sala X, leg. 26-6-5.

²⁶ AGN, Lista de Unitarios según Jueces de Paz, Partido de Pilar, 1831, Sala X, leg. 26-6-5.

²⁷ AGN, Lista de Unitarios según Jueces de Paz, Partido de Flores, 1831, Sala X, leg. 26-6-5.

²⁸ SARMIENTO, Domingo F. *Facundo*. Buenos Aires: Altamira, 2001. Capítulo III: Asociación. La Pulpería, p. 50.

²⁹ Sobre la importancia social de la pulpería, se ha escrito cuantiosa y valiosa información. Aquí citaremos como más recomendable la siguiente obra: MAYO, Carlos Alberto. (comp.) *Pulperos y pulperías, 1740-1830*. Mar del Plata: UNMP, 1997. Sin embargo, a pesar de complejizar el no tan simple mundo pulpero, los modos de vida de esos comerciantes al por menor, sus inversiones, su procedencia, etc., poco se cuenta, en este ensayo económico-social, sobre la implicancia política que pudo albergar dicho grupo, a pesar de revestir de cierta homogeneidad.

Existieron, aún, otras tantas formas de colaborar por la facción. La constante movilidad que demandaba actuar en un espacio tan vasto como el terreno de operaciones de la campaña bonaerense, obligaba a pernoctar en diferentes puntos de la comarca. En época estival, se lo podía hacer a cielo descubierto, pero en tiempos de frío, se necesitaba de un mejor cobijo. Alojar, o incluso esconder a un unitario perseguido, en el marco del rosismo, fue signo de complicidad, como se constata en el caso de Sinforiano Huertas, quién no sólo arropó a Benigno Canedo, enviado por Bonifacio Gallardo – abogado y diputado constituyente– para levantar al pueblo de Ensenada, sino que además, ocultó a Luis Álvarez *sabiendo que era unitario* hasta que pudo pasar a la Banda Oriental.³⁰ También existía la posibilidad de ceder la “casa” como centro de reuniones. Juan Manuel Cabral, de Exaltación de la Cruz, la prestaba gustoso, y en ese mismo lugar *se leían después del motín militar todos los papeles de las operaciones de los sublevados y de allí pasaban a manos de otros calificados unitarios.*³¹ En Luján, León Córdoba no sólo no quiso prestar caballadas a las fuerzas de Quiroga, sino que *su casa es la reunión de todos los unitarios.*³² Ejemplos del estilo se repiten a montones.

Sobre la ya mentada extensión del territorio, olvidamos señalar la dificultad existente para transitar por ella sin extraviarse, y la importante función que cumplían al respecto los baqueanos. Ellos conocían hasta el más recóndito rincón de la superficie que transitaban, sabían hallar senderos evitando los accidentes geográficos más escabrosos, o incluso rastrear aguadas y pasturas para los caballos. Llevaban a cabo un completo reconocimiento de la superficie, intuían dónde podían encontrarse los enemigos analizando huellas, o restos de alimentos y de fogatas. Ninguna facción podía jactarse de prescindir de su trabajo. Era *el topógrafo más completo [...] el único mapa que lleva un general para dirigir los movimientos de su campaña.*³³ En

³⁰ AGN, Lista de Unitarios según Jueces de Paz, Partido de Ensenada, 1831, Sala X, leg. 26–6–5.

³¹ AGN, Lista de Unitarios según Jueces de Paz, Partido de Exaltación de la Cruz, 1831, Sala X, leg. 26–6–5.

³² AGN, Lista de Unitarios según Jueces de Paz, Partido de Luján, 1831, Sala X, leg. 26–6–5.

³³ Una de las mejores explicaciones sobre la funcionalidad y utilidad de un baqueano la podemos encontrar en: SARMIENTO, Domingo F. *Facundo*. Buenos Aires: Altamira, 2001, p. 50.

muchos casos, su profesionalismo era notable y servían indistintamente a las variopintas banderas políticas por una justa remuneración. En otros, se embanderaban en un sector, como lo hizo Pedro Gutiérrez, del partido de Monsalvo, que por decisión personal había auxiliado solamente al ejército de Lavalle. Sin embargo, el mayor sacrificio que se podía ofrecer a una facción consistía en entregar cuerpo y vida al servicio de la guerra. Desde hombres de las condiciones más humildes hasta grandes terratenientes, pasando por pulperos o baqueanos. ¿Qué los llevó a tan osada participación?

Hasta aquí hemos someramente enumerado los distintos modos de cooperación material que se podían efectuar en favor de una facción en las zonas rurales, esto es: proveerla de caballadas, armas, pagar dinero para sostenerla, remunerar a informantes para que fueran incorporados a las fuerzas del ejército contrario, contratar a “bomberos” para recabar información, o guiar a las tropas en calidad de baqueanos. Se podía incluso prestar la “casa” tanto para alojar o esconder unitarios, como para reunirse con ellos en congregaciones políticas.

3. La guerra de opinión entre los sectores rurales

A partir de aquí, analizaremos lo relativo a la “guerra de opinión” y de las ideas, mediante aspectos que contemplan el incentivo no material de los actores. La ideología, con sus derivados, ecos o simplificaciones, pudo constituirse en un factor tan determinante como lo fue el palpable soporte material. En San Nicolás de los Arroyos existió un grupo de unitarios *de varias edades, y de toda clase de estados, en el que los más pobres jornaleros, pero enemigos empecinados, en sus reuniones de pulperías aconsejan a los incautos sigan el sistema unitario. Pero además de la labor proselitista, son propios para servir a los enemigos de la causa en toda clase de servicios, y muy en particular de changeros algunos de ellos, y otros por el río, como baqueanos de las costas, todos asisten en esta ciudad, y algunos en clase de*

*sargentos, cabos y soldados de milicia activa de infantería.*³⁴ De las fuentes surge constantemente el temor que tenían los federales ante la posibilidad de que las ideas de unidad se esparcieran entre los más *pobres*, los *incautos* y los *gauchos*, en otras palabras, en el ámbito social donde creían tener su mayor influjo. Así, en el marco de un sistema verticalista, se lo acusaba a Manuel Fénis, de Quilmes, pues *fue uno de los que se alegró por el asesinato del finado Dorrego, pero sobre todo, porque vive dando malo ejemplo a sus criados y peones, es perjudicial que se le permita venir al partido.*³⁵ A Juan Miguens, miembro de una de las familias más ricas en propiedades de toda la provincia, con estancias en distintos puntos y una de ellas en la próspera zona de Magdalena, se lo consideraba *de mucho influjo en este destino y se dice generalmente que ha sido el móvil que hizo decidirse a muchos vecinos de este partido por el sistema de unidad.*³⁶ A otro acaudalado unitario, Antonio Ballester, de *fortuna considerable, dos chacras y una casa*, no sólo se lo acusaba de perseguir federales, sino también de seguir *abusando a los hombres de pocas luces con el temor para que no tomasen las armas contra de Lavalle*. Pero, a su vez, *repartía papeles del pampero a los vecinos para alucinarlos*. Lo que distribuía Ballester no era otra cosa que periódicos unitarios al servicio de la causa de Lavalle. A diferencia de la mayor parte de la prensa de sello centralista, *El Pampero*³⁷ se caracterizó por tener un lenguaje simple y popular, e intentó acercar los propósitos de la facción que lo publicaba y distribuía al esquivo ámbito rural. En su primer número, sus responsables develan sus objetivos principales:

no escribimos para imbuir al pueblo en grandes teorías, ni abrirle escuela de doctrinas profundas, no: esto es para épocas más sosegadas [...] El estilo

³⁴ AGN, Lista de Unitarios según Jueces de Paz, Partido de San Nicolás de los Arroyos, 1831, Sala X, leg. 26-6-5.

³⁵ AGN, Lista de Unitarios según Jueces de Paz, Partido de San Nicolás de los Arroyos, 1831, Sala X, leg. 26-6-5.

³⁶ AGN, Lista de Unitarios según Jueces de Paz, Partido de Magdalena, 1831, Sala X, leg. 26-6-5.

³⁷ Publicación periódica de tendencia unitaria a cargo de Manuel Bonifacio Gallardo. WEINBERG, Félix. *El Periodismo (1810-1852)*. Apartado de la Nueva Historia de la Nación Argentina. Tomo VI-Tercera Parte: La configuración de la República independiente 1810-c. 1914. Buenos Aires: Planeta, 2001, p. 466.

*estará siempre al alcance de todos, porque escribimos para todo el pueblo: escribimos para que arribemos cuanto antes a una organización práctica, y muy principalmente escribimos para esa campaña en que tan fácilmente se engaña...*³⁸

Pero, ¿cómo se lograba que, en un medio rural de considerable analfabetismo, pudiesen esparcirse esas ideas que “alucinaban”? Es muy difícil poder determinar la fiabilidad de la fuente con la que trabajamos aquí. En la mayoría de los casos, los comisionados debían informar si los censados sabían leer y escribir. Se observa que los unitarios estaban alfabetizados con mucha más frecuencia que los federales: más del 70% contaban con esos saberes. En el total de la muestra se debe considerar a los unitarios que provenían del ámbito urbano –un porcentaje muy significativo–, donde leer y escribir era algo más habitual. Si se les suma la gran cantidad que usufructuaban propiedades o vendían al menudeo –mediante una pulpería–, situaciones para las que, muchas veces, se requería de ciertas prácticas contables y notariales, la sorpresa no debe resultarnos tal.³⁹ No podemos desconocer que, si bien sufrieron una merma en la asignación de recursos muy considerable con el advenimiento de Rosas, las escuelas de primeras letras estuvieron presentes y concurridas en los diferentes pueblos de la campaña bonaerense desde tiempos virreinales, afianzándose notablemente durante la gestión rivadaviana.⁴⁰ Si bien eran los hijos de los hacendados los que más presencia

³⁸ *El Pampero*, 20 de enero de 1829, Museo Mitre, 21.6.4.

³⁹ Por otro lado, Garavaglia, aunque basándose en un número de casos reducido, descubrió que para la misma época, en el partido de Areco un 14% de los estratos sociales más bajos sabía leer y escribir, cifra nada despreciable. Ver: **GARAVAGLIA, Juan Carlos**. “El juzgado de Areco durante el Rosismo (1830–1852)”, en: **FRADKIN, Raúl; Mariana CANEDO y José MATEO**. *Tierra, población y relaciones sociales en la campaña bonaerense (siglo XVIII y XIX)*. Mar del Plata: Universidad Nacional de Mar del Plata, 1999, p. 222.

⁴⁰ Notablemente, a través del sistema educativo lancasteriano. Si algo diferenció a la gestión educativa rivadaviana de sus predecesoras fue el impulso que le dio a la educación. Siguiendo las máximas de James Mill, *el mayor bien para el mayor número de personas*, el antiguo ministro de Martín Rodríguez no sólo se podía jactar de promover el sistema inglés de enseñanza mutua, sino de haber aumentado considerablemente la cantidad de establecimientos educativos. Ignacio Núñez, uno de sus fieles colaboradores, nos asegura que bajo su mandato: *La instrucción pública ha recibido un considerable incremento: en cada distrito de la Campaña, que por lo general se compone de dos a cuatro mil almas, el erario ha dotado una escuela de primeras letras: en la ciudad ha formado más de veinte para jóvenes de ambos sexos, sin incluir ni en una ni en otra multitud de escuelas particulares*. **NÚÑEZ, Benito Ignacio**. *Noticias históricas, políticas y estadísticas de las Provincias Unidas del Río de la Plata*. Londres: Ackermann, 1825, p. 30. Más específico

tuvieron en esas instituciones educativas, no por ello podemos dejar de incluir a los vástagos de pulperos, jornaleros, capataces, panaderos, etc.⁴¹ Es legítimo, entonces, suponer que un porcentaje muy alto de unitarios hacendados o pulperos⁴² sabían leer, aunque tal vez con desigual facilidad. Sin embargo, Antonio Gallardo, porteño de *estancia y gran fortuna [...] se complacía en hacer leer y tener los papeles públicos anárquicos que en aquellos días se publicaban*.⁴³ De aquí, se puede deducir que para aquellos que no se encontraban familiarizados con las grafías, había personas que solían actuar de lectores, en rondas, pulperías y otras manifestaciones de la sociabilidad rural.

El Pampero supo mostrarnos sus discordancias pues adolecía de un doble discurso. Si bien sus páginas iniciales modelaban un horizonte discursivo que se dirigía a los estratos rurales más bajos, también pretendió infundir un mensaje mucho más conservador de cara a los hacendados cuando aseguraba que: *La anarquía en la campaña lo ha desmoralizado todo, ha roto todos los vínculos del patronato, entre el propietario y el jornalero, y aun entre el amo y el esclavo; es preciso volver a ligar estos primeros eslabones*.⁴⁴ Ya habíamos visto anteriormente que tanto unitarios como federales difundían un discurso tendiente a restablecer el “orden”. Se trataba de la competencia por prevalecer en la opinión de los sectores rurales subalternos. Los unitarios, en muchos casos, intentaron influir y manipular a dichos sectores de manera solapada y sutil. Por dar un ejemplo, Gregorio Iramain, estanciero de considerable fortuna, procedía de Santiago del Estero y poseía influjo entre los provincianos. Había realizado reuniones de armas, y al inicio del gobierno rosista se lamentaba en ellas por *la desgracia que la provincia estuviere*

sobre el método de Lancaster introducido por Diego Thomson, y promovido por Rivadavia, ver: **NARODOWSKI, Mariano**. “La expansión del sistema lancasteriano en Iberoamérica. El caso de Buenos Aires”, en: *Anuario IEHS*, Tandil, n. 9, 1994.

⁴¹ **BUSTAMANTE, José V.** “La escuela rural. Del Catón al arado.”, en: **MAYO, Carlos A.** (ed.) *La casa, la dieta, la pulpería, la escuela (1770–1870)*. Buenos Aires: Biblos, 2000, p. 150.

⁴² Carlos Mayo asegura que la mayoría de los pulperos sabían, aunque rudimentariamente, leer, escribir y contar. Ver: **MAYO, Carlos Alberto**. (comp.) *Pulperos y pulperías, 1740–1830*. Mar del Plata: UNMP, 1997, p. 126.

⁴³ **AGN**, Lista de Unitarios según Jueces de Paz, Partido de San Vicente, 1831, Sala X, leg. 26–6–5.

⁴⁴ *El Pampero*, 27 de marzo de 1829, Museo Mitre, 21.6.4.

*gobernada por gauchos con perjuicio de los hombres que podían ilustrarla.*⁴⁵ Esta última expresión nos da la pauta de que es factible que a los sectores subalternos se los haya intentado cautivar a través de un lenguaje sincero, mas simplificado, pero que sin embargo conservaba lineamientos ideológicos rudimentarios –aunque representativos– de las aspiraciones unitarias. Es verosímil también suponer que Iramain se expresaba así ante los hombres que habitaban la campaña, aconsejándoles que apoyaran una causa que depositaría en el poder a los más ilustrados y marginaría a los “gauchos”, tensión que se puede encontrar en la obra literario–gauchesca de Hilario Ascasubi. Con frecuencia nos topamos con expresiones que se vertían con la intencionalidad manifiesta (la prensa también las reproducía una y otra vez) de desprestigiar a los federales por su falta de idoneidad: Dorrego era un “pícaro” que había hecho “confusiones”, Rosas un simple “gaucho”, etc. Los unitarios pretendían demostrar, inclusive en el ámbito de la campaña, que se encontraban más aptos para hacer un mejor e “ilustrado” gobierno, pues en eso parecía consistir parte de su capital político. ¿Era, sin embargo, lo que los hombres del campo querían escuchar? Es muy difícil saberlo.

Félix Frías fue otro conspicuo santiagueño afincado en la campaña bonaerense. Padre del futuro estadista y secretario de Lavalle, tenía por objeto *enganchar gente*. En tiempos electorales, *anduvo recogiendo las papeletas de los votos que eran a favor de los federales, para que no circulasen y pagando para que fuesen a votar a favor de la unidad.*⁴⁶ Las vías eleccionarias no escapaban, como lo señala claramente Marcela Ternavasio, a la lógica de su tiempo.⁴⁷ No por el hecho de que Félix Frías poseyera estancias, chacras, fortuna considerable y hasta un saladero, dejaba de promover el voto unitario por medios irregulares, e incluso pagando por él. Su sólida posición económica no le resultaba suficiente, tal vez, para prescribir a sus clientelas

⁴⁵ AGN, Lista de Unitarios según Jueces de Paz, Partido de Guardia de Lujan, 1831, Sala X, leg. 26–6–5.

⁴⁶ AGN, Lista de Unitarios según Jueces de Paz, Partido de Quilmes, 1831, Sala X, leg. 26–6–5.

⁴⁷ Recomendamos al respecto, de Marcela Ternavasio, el capítulo 6: Guerra y política, entre la legalidad electoral y la práctica pactista. En: **TERNAVASIO, Marcela.** *La Revolución del voto. Política y Elecciones en Buenos Aires. 1810–1852.* Buenos Aires: Siglo XXI, 2002.

con el fin de que votasen a su preferencia, pero poseía los recursos indispensables para lograrlo por otras vías.

También fueron vitales, a la hora de movilizar votantes, los jueces de paz, que al ser vecinos del lugar debían encontrarse familiarizados con los potenciales electores. Desde su posición de preeminencia –heredada, en parte, de su antecesor colonial el alcalde de hermandad– controlaban casi en su totalidad el proceso electoral de la campaña.⁴⁸ Carlos Casanello insiste en la importancia que tuvieron tanto los jueces de paz como los vecinos notables afincados de larga data y que pertenecían a familias de antiguo abolengo (medio social de donde generalmente surgían los jueces de paz), en el momento no sólo de controlar el escrutinio electoral, sino de reclutar votantes.⁴⁹

4. Vínculos, escalas y construcción faccional

Entre los notables de campaña, existieron algunos que se destacaron más que otros. Sirvieron, como lo veremos acto seguido, de nexo entre las zonas y poblados rurales en las que fueron figuras de referencia, y las autoridades gubernamentales de la capital. Si debemos optar por un ejemplo paradigmático, nos detendremos un momento en el estanciero Zenón Videla quien, antes de enemistarse con Rosas, había logrado construir una impresionante carrera política en las filas unitarias.⁵⁰ En 1826 observamos, a

⁴⁸ En este sentido, la tarea de dichos y flamantes funcionarios era: *juzgar en todas las demandas que las leyes y la práctica vigente declaran verbales: arbitrar en las diferencias leves, y ejercer las funciones, que ejercían los alcaldes de hermandad suprimidos*. Ley de 24 de diciembre de 1821, Registro Oficial n. 22, t. I, art. 9, decretado por la Honorable Junta de Representantes de la provincia, en: *Manual para los Jueces de Paz de Campaña*. Buenos Aires: Imprenta de Independencia, 1825.

⁴⁹ **CASANELLO, Oreste Carlos**. “De súbditos a ciudadanos. Los pobladores rurales bonaerenses entre el antiguo régimen y la modernidad.” En: *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana “Dr. Emilio Ravignani”*. Tercera serie, núm. 11, primer semestre de 1995, pp. 113–139.

⁵⁰ Originario de una familia de gran tradición unitaria de la provincia de San Luis, pero nacido en Buenos Aires, poseía numerosas estancias distribuidas por distintos pagos, aunque su principal propiedad se situaba en la zona de Monte. Desde muy joven se involucró tanto en la política como en la producción de sus inversiones pecuarias. Logró labrar pacientemente un prolífico *cursus honorum*: en 1815, a la edad de 20 años, era designado regidor del cabildo, pero por poco tiempo; luego, cuatro años más tarde, fue alcalde del partido de San Vicente. En 1820, el Cabildo porteño lo nombró Alcalde provincial, mientras que en 1821 ya lo encontramos formando parte de la flamante Sala de Representantes de Buenos Aires y colaborando con las

través de una carta que le envió Rosas a Manuel García, cómo el futuro gobernador bonaerense ya se encontraba –y por motivos no ciertamente ideológicos– distanciado de Videla, notable competidor por el dominio de la campaña bonaerense. Antes de que García dejara el país –probablemente como consecuencia de la misión a Río de Janeiro–, Rosas le escribía pidiéndole *buscarse medios en asegurar el nombramiento de juez de paz de Monte, de modo que no siendo el actual Don Vicente González, tampoco lo sea Don Zenón Videla, o el mayordomo de este, Don Vicente Terán*.⁵¹ Luego, le explica los recelos que lo llevan a ese pedido, y no deja de volver a encargarle encarecidamente dicho favor. De aquí deducimos no sólo la manifiesta enemistad entre ambas figuras de primer orden en el ámbito rural bonaerense, sino también, la importancia de que revestía el juez de paz como aliado político –autoridad jurídica y policial de la campaña–, y las dificultades propias de padecerlo como antagonista.

Además de su considerable fortuna, en nuestras fuentes lo encontramos a Videla como *perseguidor infatigable de los federales y enemigo general de los pobres*. Fue comandante en las divisiones de Lavalle y colaboró con su propio peculio para financiarlas, aportando numerosas caballadas. Además, se vinculó con Manuel Pirán, juez de paz en tiempos de Lavalle, que participó de las guerrillas comandadas por Videla en persona. Pero su red de contactos era mucho más dilatada, no sólo se comunicaba directamente con el mismo Lavalle, sino con hombres de influjo en otros partidos de la provincia. No obstante, su principal área de dominio se localizó siempre en Monte, donde contaba con la infatigable colaboración de Marcelino Basualdo, *unitario espía*

principales medidas que promovía “El Partido Ministerial”. A fines de 1825 se lo halla en una lista tentativa de representantes de la provincia de Buenos Aires para el Congreso Constituyente (1824–1827), promovida por el periódico filo-unitario *El Mensajero Argentino*. Al año siguiente, lo vemos conformando ese cuerpo representativo –aunque de manera poco participativa–, e incluso votando con firmeza a favor de la propuesta de un gobierno unitario como base de la futura constitución nacional. Sobre la carrera política de Videla, ver: **CUTOLO, Vicente Osvaldo**. *Nuevo Diccionario Biográfico Argentino (1750–1930)*. Buenos Aires: Editorial Elche, 1985, **BERUTI, Juan Manuel**. *Memorias Curiosas*. Buenos Aires: Emecé, 2001. p. 305, **Acuerdos de la Honorable Junta de Representantes de la provincia de Buenos Aires, 1820–1821**. Por Ricardo Levene, volumen II. La Plata: Publicaciones del Archivo Histórico de la Provincia de Buenos Aires, 1933.

⁵¹ Carta de Juan Manuel de Rosas a Manuel García, Hacienda San Martín, 16 de octubre de 1826. En: Correspondencia Diplomática, AGN, Sala VII, leg. 1.6.5.

y de la confianza de Videla, y de otros informantes como José Pintos, Mario Santos, Carlos Goldriz –de gran influjo en esos pagos–, Anselmo Segura y su más estrecho asistente, Vicente Terán, mencionado ya Rosas.⁵²

Sin embargo, en marzo de 1829 las tropas del coronel Rauch fueron derrotadas en Vizcacheras y eso marcó el comienzo del repliegue de las fuerzas unitarias de la extensa campaña bonaerense. Al poco tiempo, el mismo Videla cayó en manos de Rosas, su antiguo antagonista.⁵³ Tal vez, en libertad luego de que Lavalle se exiliara definitivamente en la Banda Oriental, y aún no lo suficientemente envalentonado como para regresar a sus propiedades rurales, se instaló, de modo temporal, en su residencia porteña. Sin embargo, allí tampoco encontraría la tranquilidad que anhelaba, pues: *algunos de los más exaltados elementos del populacho, armados de ladrillos y otros medios de destrucción, atacaron las casas de varios conocidos unitarios, especialmente aquellas de los generales Rodríguez y Soler; del señor Videla, Dr. don Valentín Gómez y la del señor Fragueiro.*⁵⁴ Su desgracia iría aún más allá, su activa participación por el bando centralista llevó al régimen rosista a embargar sus propiedades, dejándolo en la más absoluta ruina.⁵⁵

Hombres como Videla, que los hubo en cantidad aunque tal vez con más modestas fojas de servicios en la esfera pública y en la política rural, no dejaron de configurar una inmensa red de poder en la campaña que respondía al unitarismo, brindando recursos y efectiva colaboración de la más diversa índole. Es un tópico por cierto poco estudiado, se trataba de los “caudillos” o de los líderes rurales unitarios que, en algunos casos, eran revestidos de un enorme poderío institucional y simbólico a través de diversos nombramientos, y que respondían a los designios que emanaban de la cúpula asentada en Buenos Aires. Sin dudas, Zenón Videla pudo encarnar el ejemplo más

⁵² AGN, Lista de Unitarios según Jueces de Paz, Partido de San Miguel del Monte, 1831, Sala X, leg. 26–6–5.

⁵³ FORBES, John Murray. *Once años en Buenos Aires, 1820–1831*. Buenos Aires: Emecé, 1956, p. 519.

⁵⁴ *Ibíd.*, p. 583.

⁵⁵ Aparece su nombre en: AGN, Lista de los “unitarios” embargados por el gobierno rosista, Sala X, leg. 17–4–3, o –1294–. Es factible que su familia recuperara luego dichos establecimientos, puesto que se había casado con María Sandalia Dorna dando origen a la misma la familia Videla Dorna –Zenón, que se caracterizó por haber gozado de grandes propiedades en el partido de Monte, donde incluso existe actualmente una localidad denominada Videla Dorna.

completo y paradigmático de las formas de acumulación de poder de que fue investido, por su triple condición de estanciero, militar y legislador. Esta vasta red que él, entre algunos otros, lideraba, se encontraba compuesta por distintos jueces de paz asentados en las cabeceras de los partidos de la campaña.⁵⁶ La mayoría de ellos habían sido escogidos por su impronta previa en sus localidades respectivas. A partir de 1821, a través de la instauración de los jueces de paz, *se trataba pues de tener un aparato estatal ampliado, eficiente y capaz de responder a las iniciativas del gobierno central de Buenos Aires.*⁵⁷ De allí se desprende que los unitarios gozaron de una fluida relación con los hombres de la campaña, principalmente con sus notabilidades, lo que les permitía avanzar en un proceso gradual de construcción institucional y de dominación por parte de un estado en completo proceso de conformación y centralización.⁵⁸ Detengámonos en este aspecto, a fin de profundizar raudamente en los lazos que existieron entre los notables del ámbito rural y los principales hombres del unitarismo.

⁵⁶ En nuestra base de datos hemos contabilizado al menos 27 jueces de paz que según los criterios de la comisión clasificadora habían participado activamente en defensa de la facción unitaria. En tiempos de Lavalle el dominio de la campaña por parte de dicha facción fue endeble, por ende, o no fueron tantos, o no fueron duraderos los jueces de paz que se pudieron imponer en aquel entonces. Pero en 1826, durante la presidencia de Rivadavia, la situación era muy diferente. En el almanaque de Blondel podemos observar al menos 10 jueces de paz que fueron devotos a la causa centralista, según los resultados de la comisión: Serapio Villegas por Morón, Pedro Pablo Colman por Villa de Luján, Tomás Varela por Lobos, Patricio Arriaga por San Antonio de Areco, Ángel Blanco por Arrecife, Mariano Ruiz por San Nicolás de los Arroyos, Diego de la Fuente por Pergamino, Vicente González por Monte y Mateo Molina por San Vicente. **BLONDEL, J.J.M.** *Almanaque político y de comercio de la ciudad de Buenos Ayres para el año de 1826*. Buenos Aires: Ediciones de la Flor, 1968, pp. 290–291.

⁵⁷ **GELMAN, Jorge.** “Crisis y reconstrucción del orden en la campaña de Buenos Aires. Estado y sociedad en la primera mitad del siglo XIX.” En: *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana “Dr. Emilio Ravignani”*, Tercera serie, núm. 21, I semestre de 2000, p. 11.

⁵⁸ Es notable, en este sentido, el avance que logró en ese tiempo el estado en los mecanismos de control social del ámbito rural. María Barral y Raúl Fradkin aseguran que *el proceso de construcción del poder institucional en la campaña fue el resultado de la centralización de mecanismos de poder por parte del estado y del despliegue de nuevos medios de coacción y control institucional. En consecuencia, a lo largo de este medio siglo (1785–1836) el desarrollo del “poder infraestructural” del estado le permitió penetrar vastas dimensiones de la vida social rural pasando a ejercer un modo de control más directo*. De este modo, podríamos considerar también el aumento de militares y milicianos por habitante durante la década de 1820; lo mismo sucedió con la cantidad de policías, sumado al incremento de cabeceras de partido y de jueces de paz. Ver de los autores citados: “Los pueblos y la construcción de las estructuras de poder institucional en la campaña bonaerense (1785–1836)”. En: *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana “Dr. Emilio Ravignani”*, Tercera serie, núm. 27, I semestre de 2005, p. 40.

Un grupo particular de la elite unitaria cosechó vínculos con la campaña, al asociarse a esta área por distintos motivos. Algunos, en su condición de estancieros, otros, desde el ejército, por su participación en las distintas misiones que se efectuaron para avanzar o resguardar la frontera frente al indígena. A partir de fines de 1828, dirigidos desde Buenos Aires, los satélites de Lavalle, durante su difícil gobernación, reproducían en cada localidad un predominio en pequeña escala. Se escribían constantemente con sus líderes, reforzando su autoridad local, pidiendo refuerzos, juntando petitorios, organizando guerrillas. Luis Saavedra, vecino de Arrecifes, se encontraba *muy ligado con Acha*⁵⁹, otro tanto le ocurría a Diego de la Fuente, *intimo amigo y socio* del mismo jefe unitario, quien también fuera antiguamente juez de paz de Pergamino.⁶⁰ Severino y Mateo Piñero, de Pilar, habían *mantenido siempre íntima amistad y comunicación con el coronel Pico*.⁶¹ Francisco Villanueva, acaudalado estanciero, se escribía regularmente con el General Rodríguez, ofreciéndole dinero. Benito Rivas, de Morón, había podido mantenerse en su puesto de juez de paz gracias a la intervención de su amigo Miguel Díaz Vélez –ministro de Lavalle–, a quien *informaba de todo lo que pasaba en el partido*⁶² con respecto a los movimientos de los federales. Otros unitarios se encontraban vinculados a la elite por lazos familiares, como es el caso de Ildefonso Ramos Mejía, quien además de disponer de una rica estancia y posesiones en el Perú, era *pariente cercano de Lavalle, con relaciones íntimas con la familia, casó con su hermana política, María Antonia Segurola Mejía, unitaria empecinada*.⁶³

Concluyendo, podríamos asegurar que cada localidad de la campaña tenía una vasta red de sociabilidades y solidaridades dirigidas por sus correspondientes notables. La verticalidad de las relaciones –con las respectivas directivas que emanaban de los cabecillas– comenzaba desde la

⁵⁹ AGN, Lista de Unitarios según Jueces de Paz, Partido de Arrecifes, 1831, Sala X, leg. 26–6–5.

⁶⁰ AGN, Lista de Unitarios según Jueces de Paz, Partido de Pergamino, 1831, Sala X, leg. 26–6–5.

⁶¹ AGN, Lista de Unitarios según Jueces de Paz, Partido de Pilar, 1831, Sala X, leg. 26–6–5.

⁶² AGN, Lista de Unitarios según Jueces de Paz, Partido de Morón, 1831, Sala X, leg. 26–6–5.

⁶³ AGN, Lista de Unitarios según Jueces de Paz, Partido de La Matanza, 1831, Sala X, leg. 26–6–5.

cúspide hacia abajo. Dependiendo del momento, eso significó, en diferentes juegos de escalas, una estructura de poder comandada por hombres de la talla de Rodríguez o Rivadavia y sus ministros, o de Lavalle y sus consejeros, pasando a un sector más abocado a la campaña, pero formando parte del mismo exclusivo círculo: coroneles como Rauch, Estomba, Pico, el mismo Videla, tan nombrados una y otra vez en las fuentes. Pero también, de estancieros de renombre que tenían propiedades en la campaña, y casa en la ciudad, desde donde hacían sentir sus voces (algunos de ellos incluso en la misma Sala de Representantes). Estos últimos hombres constituyeron los nexos con las notabilidades y parentelas departamentales.⁶⁴

Conclusión

Algunos de los unitarios de la campaña habían sido jueces de paz en tiempos de Rivadavia; los hubo capitanes de milicia, administradores de correos, alcaldes de la hermandad, maestros, pulperos, comerciantes y hasta médicos y eclesiásticos, un mundo amplio, demasiado extenso para que pasara desapercibido. Cada uno colaboró a su modo, a la altura de las circunstancias y sus posibilidades. Los apoyos que recibió el bando centralista en la campaña no fueron nada despreciables. Para ejemplificar lo señalado, nos basta con pensar, como se dijo antes, que ninguna expedición unitaria organizada desde el exterior podría laurearse de éxito sin el apoyo fundamental de quienes residían y contaban con los medios suficientes para auxiliarlos aquende el Plata. Muchos de los recientes estudios que avalan la dificultad de Rosas de lograr el predominio en la campaña –lo que anteriormente era insospechable–

⁶⁴ Verbigracia: los Pelliza, los Arón, pero sobre todo, Juan Ribero y Víctor Rúa en Lobos. En San Isidro, los Belgrano, Pirán y Sáenz Valiente, junto con la familia Pico y Rolón. Los hermanos Ceferino, Mateo y Esteban Piñeiro en Pilar, los Villanueva en Ranchos, los Molina y Saavedra en Arrecifes, los Ramos Mejía y Lezica en Matanza, los Miguens en Magdalena o los Colman e Iramain en Luján. Estos no son más que algunos ejemplos, bastante representativos, de las familias de mayor influencia en los distritos rurales que se encontraron dispuestas a colaborar, aportando recursos y acercando clientelas, en aras del triunfo de la causa centralista.

no sólo estarían mostrándonos la debilidad rosista, lo que puede explicarse por múltiples razones, pero también alegrarían indirectamente por la resistencia –y la fortaleza– de sus enemigos, los unitarios. Si bien es cierto que la Revolución de los Libres del Sur (1839), originada en las zonas más australes de la provincia de Buenos Aires –donde se pensaba que Rosas tenía el mayor influjo– no fue una revuelta unitaria *stricto sensu*, no por ello dejaron de tener alguna participación.⁶⁵ Es legítimo suponer que ante acontecimientos como el recién mencionado, grandes sectores de la población rural que habían simpatizado con las reformas rivadavianas o con las políticas de frontera organizadas bajo su mandato, tuvieron que disimular sus preferencias ante un régimen como el rosista, en el que la ambigüedad no era bienvenida. Por ello, es lógico que hayan reactivado sus antiguas preferencias y sus nexos políticos en circunstancias excepcionales, como las que comúnmente se desarrollan en toda revuelta. Con esto se quiere decir que lo que parecía adormecido, en el fondo continúa latente, a pesar de que pueda ser, por momentos, difícil de percibir.

Pero, retrotrayéndonos nuevamente a las épocas en las que todavía Lavalle defendía con pocas esperanzas a la facción unitaria, las tropas coaligadas de Rosas y Estanislao López fueron imponiendo su dominio –Dorrego ya había sido fusilado– y cercando la ciudad de Buenos Aires. El comercio se paralizaba, recursos de todo tipo comenzaban a escasear. Juan Manuel Beruti, en sus *Memorias Curiosas*, nos comenta que muchos optaron por el camino del destierro. Según su juicio, entre 5 y 6 mil personas dejaron la ciudad por las costas uruguayas, o por la campaña bonaerense.⁶⁶ Sin embargo, no menciona los centenares de hombres que en sentido contrario buscaron refugio en la capital provincial.⁶⁷ Allí se concentraron, desde grandes hacendados que

⁶⁵ Como lo atestigua la implicación de numerosos unitarios, que aunque no fueron de los más célebres, no por ello dejarían, la mayoría de ellos, de apoyar luego de fracasado su intento, a los ejércitos libertadores de Lavalle, Paz o Lamadrid. Entre ellos Manuel Belgrano, José María Benavente, Martín Teodoro Campos, Gabriel del Castaño, Luis Elordi, Nicolás Bonifacio Lastra, Rufino Ortega, Wenceslao Posse, Matías Ramos Mejía, Martín José de la Serna, Martín Tejerina o Ventura Torrens.

⁶⁶ **BERUTI, Juan Manuel.** *Memorias Curiosas*. Buenos Aires: Emecé, 2001, p. 416.

⁶⁷ A través de la prensa de ese momento se perciben estas bruscas migraciones del campo a la ciudad. Partidos donde la identificación con el unitarismo era significativa –San Isidro, San Fernando, Conchas, etc.–, fueron

poseían sus acomodadas residencias, hasta rústicos campesinos que se enrolaron en las milicias porteñas para lograr el sustento. El pacto de Barracas (1829) significó el fin de la aventura de Lavalle y su séquito. Algunos unitarios marcharon definitivamente al exterior, otros intentaron acomodarse a las nuevas circunstancias. Paulatinamente, ora desde la ciudad, ora desde la Banda Oriental, fueron volviendo a la campaña gran parte de los que habían buscado refugio en las filas de Lavalle. Muchos lo harían con temor, encontrando sus cultivos abandonados, su ganado expoliado y su morada saqueada. Algunos repararían lentamente los daños sufridos mostrando un bajo perfil y aprendiendo a relacionarse con los federales. Pero otros, como José María Lorenzo, que según se denunciaba *tiene reuniones de unitarios en su casa*, recomenzaron a unir los fragmentos de una facción que no había sido completamente derrotada, sino que se hallaba en estado latente. Para ellos, la maquinaria de represión rosista comenzaría a activarse.⁶⁸

drenando parte de su población en el refugio más seguro que significaba la capital porteña. Ver: *El Pampero*, 2 de abril de 1829, Museo Mitre, 21.6.4.

⁶⁸ Ricardo Salvatore demuestra cómo el “aparato” de represión rosista había surgido, sobre todo, para aleccionar a los hombres de la campaña. En opinión de Rosas, se había perdido el sentido de autoridad a causa de lo que entendía como el período anárquico unitario. Para más información, ver del autor: *Wandering Paysanos, state order and subaltern experience in Buenos Aires during the Rosas era*. Londres: Duke University Press, 2003.